

4

CUADERNOS CCV

**NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA**

Josune Arregui ccv

**NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA**

CARISMA VEDRUNA * CARISMA VEDRUNA * CARISMA

CUADERNOS CCV

NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA

Josune Arregui ccv

© 1999. Edita: Carmelitas de la Caridad Vedruna
Carlo Zucchi, 12 00165 Roma

Depósito legal: M. 31.463-99
Imprime: Gráficas Don Bosco
Arganda del Rey 28500 Madrid

ÍNDICE

I. IDENTIDAD Y VIDA RELIGIOSA

1. CRISIS DE IDENTIDAD

- 1.1. Los votos, ¿nos desidentifican?
- 1.2. Identidad personal básica
- 1.3. Renovación e identidad en la VR
- 1.4. Vedruna, identidad en riesgo

2. IGUALES Y DIFERENTES EN EL PUEBLO DE DIOS

- 2.1. Iguales: hijas y hermanas
- 2.2. Llamadas al anuncio existencial

II. LOS VOTOS, UNA ALTERNATIVA

1. CASTIDAD POR EL REINO DE LOS CIELOS

- 1.1. Una forma alternativa de vivir el amor
- 1.2. La silla vacía
- 1.3. Evolución histórica del voto de castidad
- 1.4. Cómo responder a esta provocación

2. LA POBREZA EVANGÉLICA

- 2.1. La necesidad y fascinación de los bienes
- 2.2. Jesús ante los bienes
- 2.3. El voto de pobreza
- 2.4. La pobreza como rasgo carismático
- 2.5. Evolución histórica del voto de pobreza
- 2.6. ¿Podemos ser hoy testimonio?

3. OBEDIENCIA AL PADRE

- 3.1. El proceso de hacernos libres
- 3.2. La obediencia de la fe
- 3.3. La obediencia de Jesús
- 3.4. La obediencia religiosa
- 3.5. Comunidades de discernimiento
- 3.6. El apasionamiento por la voluntad del Padre
- 3.7. La obediencia como «signo»

III. UNGIDAS Y ENVIADAS

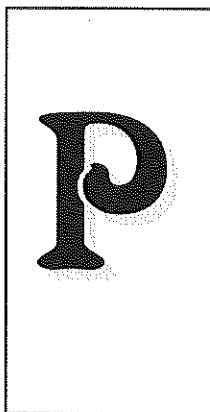
- 1. SOMOS CONSAGRADAS**
- 2. CRISTO, EL CONSAGRADO Y ENVIADO**
- 3. LA NUEVA Y ESPECIAL CONSAGRACIÓN**
- 4. EL ENVÍO**

IV. LUGARES DE IDENTIFICACIÓN VEDRUNA

- 1. EL MANSO, LUGAR DE COMUNIÓN**
 - 1.1. Cómo hacer de la comunidad lugar de identificación
- 2. LOS POBRES, CRITERIO DE MISIÓN**
 - 2.1. Los pobres, «marca» evangélica
- 3. EL «DESVÁN», LUGAR DE INTEGRACIÓN**
 3. 1. Cómo hacer del desván lugar de integración

Conclusión: LA OFRENDA DE LA VIDA

**NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA**



PRESENTACIÓN

P PRESENTACIÓN

Este cuaderno es fruto de mis encuentros con junioras de los distintos continentes a lo largo de los últimos seis años.

Desde que se me confió la responsabilidad de coordinar la formación inicial, he participado en diez cursos de preparación a la profesión perpetua, ofreciendo como aportación una reflexión sobre la consagración y los votos según nuestras Constituciones.

Estos encuentros me obligaron desde el principio a un estudio serio y a mantenerme actualizada sobre el tema. Pero ha sido sobre todo el compartir con las junioras lo que más me ha enriquecido. Este contacto privilegiado con la nueva generación me ha posibilitado ahondar el tema desde la sensibilidad actual y enriquecerlo con las aportaciones y sugerencias de mujeres jóvenes en un momento de plenitud de su opción.

Aunque el tema tiene una base teológica en la que trato de fundamentar mi reflexión, no lo afronto desde la teología sino desde la antropología y la espiritualidad, desde la vivencia integral de la consagración.

El tema que me preocupa es el de nuestra identidad amenazada en la sociedad actual –cosa que afecta directamente a nuestra misión– y me pregunto hasta qué punto la consagración religiosa da consistencia a nuestra persona y nos identifica ante nosotras mismas y ante los demás.

No pretendo definir el carisma Vedruna directamente, ni la identificación que éste nos aporta, sino que me centro en el carisma de la vida consagrada. Ahora bien, lo hago evocando a nuestra Fundadora, en el marco de nuestras Constituciones, utilizando nuestros documentos y situándome en nuestro proceso de renovación. Yo le llamaría el estilo Vedruna de vivir la consagración religiosa.

Espero que esta reflexión pueda ayudar a otras hermanas como me ha ayudado a mí a tomar conciencia de lo que es y supone hoy vivir como mujeres consagradas.

Josune Arregui
Roma, Julio 1999

**NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA**

1

IDENTIDAD
Y VIDA RELIGIOSA

I. IDENTIDAD Y VIDA RELIGIOSA

I. CRISIS DE IDENTIDAD

Al convertirse el mundo en una «aldea global», todos quedamos afectados en alguna medida por cierta uniformidad de pensamiento y costumbres. Los grandes medios de comunicación actúan como un rasoero que va limando diferencias y ajustando las personas a unas sociedades cada vez más semejantes.

Este nacimiento de la sociedad mundial tiene sin duda efectos positivos, pero hemos de reconocer que, además de otros costos, es también un riesgo para nuestras frágiles identidades. No es fácil tener la autonomía suficiente para saber ser una misma en medio de lo uniforme-envolvente. Hay quienes tratan de solucionar esta profunda aspiración del yo imitando modelos externos o ídolos a los que la publicidad y los medios de masas rinden culto.

Inserta en esta sociedad, la vida religiosa ha quedado doblemente afectada en su identidad radical a lo largo de su proceso histórico.

1. 1. ¿Los votos nos desidentifican?

Timothy Radcliffe, Superior General de los Dominicos, hace una reflexión muy sugerente sobre «*Cual es la identidad de la vida religiosa hoy*»¹ y dice que, en esta crisis de identidad generalizada que

1. Revista *CONFER* nº 143

padece la sociedad actual, los religiosos nos encontramos por añadidura con el tremendo desafío de los votos, por los que renunciamos a tres aspectos que suelen ser señas de identidad para la gente.

Cuando muchos se identifican precisamente por las relaciones familiares —«soy la madre de tal, o la esposa de cual»— o simplemente por haber heredado un apellido determinado, nosotros religiosos/as por el voto de castidad dejamos la red de relaciones que nos han dado nombre y origen y renunciamos a identificarnos a partir de ellas.

Aunque sabemos bien cuánto la gente es valorada e identificada por su riqueza, nosotros/as por el voto de pobreza renunciamos a la propiedad privada de los bienes y por consiguiente al uso independiente de los mismos.

Por nuestra forma de seguimiento nos hemos comprometido en una congregación con un proyecto apostólico determinado, y en ella hacemos un voto de obediencia. Renunciamos así a nuestra capacidad de tomar decisiones independientemente, que es precisamente otra forma con la que muchos tratan de demostrar la categoría de su personalidad.

Desde este punto de vista, puede parecer que los votos, que caracterizan nuestro estilo de vivir, nos des-identifican. En realidad esas referencias (familia, posesiones, independencia) aunque sirven para «distinguir» a la gente, no le aportan una verdadera identidad en cuanto personas y, antes o después, sentirán la desprotección de esos ropajes y se verán abocados a la verdadera pregunta «¿quién soy yo realmente y qué hago con mi vida?».

En la vida religiosa esta «desidentificación social» que nos acarrean los votos, nos urge desde el primer momento a no apoyar nuestra identidad en falsos indicadores sino en lo que realmente nos fundamenta y caracteriza: somos personas con una relación apasionada con el Dios que salva a la humanidad y que se constituye en centro y plenitud de nuestra vida.

1. 2. Identidad personal básica

La identidad es el sentimiento más íntimo y profundo que sorprende la existencia. A través de las situaciones cambiantes de la vida, yo me percibo siendo «la misma» (la palabra identidad viene del latín *idem*), y descubro la vida como un proyecto a realizar en el que yo soy la protagonista.

La identidad personal, que incluye la identificación sexual, se va fortaleciendo desde la infancia a la juventud hasta llegar a la edad adulta y constituye la base de la personalidad. No vamos a tratar aquí de este proceso de identificación personal, pero sí quiero decir que, si no existe esta conciencia del «yo-diferente» y un cierto nivel de autonomía, no podremos hablar de identidad consagrada. Ya que «la profesión de los consejos evangélicos, aunque lleva consigo la renuncia de bienes que indudablemente se han de tener en mucho, sin embargo no es un impedimento para el enriquecimiento de la persona humana, sino que, por su misma naturaleza, la favorece grandemente», según nos indicó el Vaticano II².

A partir de esta su identidad básica, la persona se plantea los interrogantes fundamentales sobre el origen y el sentido de la existencia. Los creyentes descubrimos que, si hemos llegado a la vida, es porque Alguien nos ha amado antes de que existiéramos, nos ha llamado por el nombre invitándonos a su proyecto salvador. La fe, en cuanto conciencia de ser hija amada y enviada, se inserta en la identidad personal, la define y fundamenta.

Demos ahora un paso más como creyentes consagradas. En esta dirección hemos recorrido un largo proceso que conviene tener presente.

1. 3. Renovación e identidad en la VR

La vida religiosa a partir del Vaticano II inició un proceso de inserción en el mundo. «No piense nadie que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a la humanidad o inútiles para la ciudad terrena»³.

Los religiosos/as teníamos mucho deseo de salir de la cerrazón social en la que la tradición nos había situado. Muchos de los cambios que emprendimos buscaban simplemente la *normalidad* como valor a recuperar. Ser ante todo personas normales, ciudadanas de nuestra sociedad, con una determinada opción de vida que no tiene por qué anular la base humano-social.

Poco a poco fueron perdiendo valor algunos signos de identificación externa como el hábito, el tipo de vivienda y algunas estructuras por las que la gente nos «identificaba», es decir, nos *distinguía*.

A su vez este despojo de signos de identificación nos ha enfrentado a un gran reto: desarrollar una verdadera identidad *de dentro afuera*. Ser mujeres consagradas, evangélicamente insertas en un mundo secularizado, no era y no es fácil. Persiste la tentación de definirnos por lo que hacemos y por lo que la gente piensa de nosotras (identidad *de fuera adentro*) y el reto sigue ahí, reclamando de nosotras una nueva forma de presencia que en sí misma sea profética.

El Concilio había subrayado también nuestra vocación bautismal y esta definición la acogimos con entusiasmo. Nos sentíamos ya incómodas dentro de aquel «estado de perfección» tan falso como etéreo en el que se nos había encasillado. La progresiva inserción en la Iglesia nos fue llevando a vivir con gozo esta pertenencia al Pueblo de Dios.

Alguna ambigüedad quedó colgando a nivel teórico a partir del mismo Concilio. Los miembros de la Iglesia quedaban clasificados

en jerarquía y laicado y la vida religiosa se decía integrada por miembros de ambos estamentos. Con lo cual nosotras quedábamos como religiosas-laicas, pero al mismo tiempo no se nos consideraba al tratar del laicado. Durante estos años y hasta la reciente exhortación «*Vita Consecrata*», ha habido un movimiento dentro de la VR que insistía en su carácter laical, cosa indudable tratándose de mujeres, pero que en general tampoco prestaba atención a su especificidad dentro del laicado.

Al mismo tiempo, con la promoción del laicado en la Iglesia, la figura de la religiosa ha quedado a veces pastoralmente desdibujada, cosa que a algunas ha podido ocasionar cierto complejo. «Hemos de retirarnos y dejar paso a los laicos», se oye decir, pero sin saber muy bien hacia dónde nos orienta nuestra identidad específica.

1. 4. Vedruna, identidad en riesgo

También a nivel de nuestra Congregación se ha tratado de la identidad. El Consejo General Ampliado (Lima 97), después de analizar la realidad congregacional y poner nombre tanto a las llamadas del Espíritu como a los impactos que el mundo de hoy deja en nosotras, se preguntó por «las causas de estos aspectos que desdibujan y a la vez reclaman el sentido profético de nuestra vida»⁴. Y las tres causas que se señalan tienen mucho que ver con el tema que nos preocupa.

La primera es la «manera de estar presentes en el mundo o la calidad evangélica de nuestra inserción». Cuando nos situamos pasiva y acriticamente ante la realidad, acabamos siendo *sal insípida* entre la gente. Con una expresión evangélica se denuncia una situación de desidentificación.

4 - *Manantial de Vida* págs 9-10

La segunda causa explícita lo que apunta la primera: «nuestra identidad como mujeres consagradas Vedruna está insuficientemente vivenciada. Esta frágil identidad va restando radicalidad a nuestra entrega, insensibiliza nuestro sentido crítico y recorta el compromiso que supone ser memoria de Jesús al estilo de Joaquina de Vedruna». Es el efecto erosivo de la falta de identidad.

Y por último, «descendiendo a las capas más hondas de nuestro ser, llegamos a reconocer una falta de vitalidad profunda, cierta debilidad en nuestra misma experiencia creyente. Nuestro corazón no está totalmente centrado en el Señor, en el Único Señor, nos decíamos. Creemos que este debilitamiento de nuestra fe, que consideramos un eco del secularismo que se respira en la cultura contemporánea, es la causa principal del poco significado profético de nuestra existencia consagrada». Por fin el dedo ha sido puesto en la misma llaga.

Tras reconocer «esta dolorosa contradicción en nuestra vida» aquella asamblea pudo acoger una clara llamada para toda la Congregación: «avivar la fe y *crecer en identidad*, revitalizando nuestra espiritualidad Vedruna».

* * *

Podemos pues afirmar que estamos pasando una doble crisis de identidad, la que corresponde a todos nuestros contemporáneos, afectados por la globalización, y la que nos afecta como mujeres consagradas que buscan sinceramente el modo de estar evangélicamente presentes en un mundo secularizado.

Una de las consecuencias de esta desidentificación es la falta de vocaciones en los países de occidente. Las jóvenes cristianas parece que no aciertan a descubrir en nosotras unos signos claros que definen nuestra identidad.

A esto se añade la incomprensión del ideal de VR dentro de la comunidad cristiana. En el sentir elemental del pueblo cristiano, di-

ce Gabino Uríbarri⁵ no se da una visión clara de la identidad de la VR, al menos entre los jóvenes.

Esta indefinición nos afecta a nosotras mismas que apenas sabemos dar una respuesta cuando se nos interroga. Solemos decir que la VR es un seguimiento radical, pero hay otros muchos cristianos cuyo seguimiento es tanto o más radical que el nuestro.

Es decir, creo no está claro para nosotras mismas en qué consiste la identidad religiosa, o al menos no acertamos a explicitarlo, y la idea que la gente tiene de ella es bastante difusa y poco atractiva.

Es esta situación la que me lleva a intentar definir, a partir de nuestro Carisma Vedruna, nuestra identidad como mujeres, creyentes y consagradas.

2. IGUALES Y DIFERENTES EN EL PUEBLO DE DIOS

2. 1. Iguales: hijas y hermanas

Cuando Jon Sobrino definió hace muchos años la vida religiosa como «una forma de llegar a ser cristianos», recuerdo que me estremeció un poco. Teníamos internalizada la idea de ser un colectivo aparte. Poco a poco hemos ido descendiendo de nuestro pedestal y ahondando en el común manantial de vida que es el bautismo. Hoy no podemos hablar de vocación específica sin afirmar que *ante todo somos cristianas*.

En el bautismo entramos a formar parte de la familia de Dios, morimos con Cristo para resucitar con Él a una vida nueva de filiación y fraternidad. A cuantas creemos en Él se nos ha dado la capacidad de llegar a ser hijas. Esta conciencia de hijas-amadas marca de

5 - «La conformación plena con Cristo: peculiaridad de la vida religiosa». *Razón y Fe*, tomo 234, 1996

modo indeleble la identidad. No es lo mismo sentirse existiendo por casualidad para desembocar en la nada, que sabernos creadas a imagen de un Dios Amor e invitadas a colaborar con Él en un proyecto salvador que lo es para toda la humanidad. Llegar a ser hijas y hermanas, es una llamada que va llevando nuestro ser hacia la plenitud del Hijo-Hermano Jesús.

Ante esta invitación, creer o no creer, es una respuesta libre y personal. La adhesión a este Dios Amor revelado en Jesús se ha constituido para nosotras en el eje de nuestra vida. La fe es lo más grandioso y la compartimos con todos los cristianos.

Es en ese horizonte común donde podemos encontrar nuestra identidad específica dentro del Plan de Dios. A veces nos empeñamos en definirnos por lo que nos distingue, pero en realidad la identidad consagrada no se define si no es por la hondura y profundidad con la que se vive ese tesoro común que es la fe cristiana. Todos los cristianos tenemos una dignidad común, todos estamos llamados a la santidad y al seguimiento de Jesús, todos cooperamos a la edificación del cuerpo de Cristo.

2. 2. Llamadas al anuncio existencial

Esta unidad de los cristianos es obra del Espíritu, pero también lo es la variedad de formas de vida dentro de la comunión eclesial ⁶.

Lo específico de cada vocación está en razón de una misión peculiar al servicio del pueblo de Dios. La misión propia de los laicos es anunciar el Evangelio en medio de las realidades temporales y la de los ministros ordenados la de pastorear al Pueblo de Dios.

A la pregunta ¿cuál es la misión de la vida consagrada? la exhortación *Vita Consecrata* responde en términos de profecía: «La

aportación específica que los consagrados y consagradas ofrecen a la evangelización está ante todo en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos a imitación del Salvador...Las personas consagradas hacen visible la presencia amorosa y salvadora de Cristo el consagrado del Padre, enviado en misión. Ellas, dejándose conquistar por Él, se disponen para convertirse en cierto modo en una prolongación de su humanidad»⁷.

Esta es la razón de ser de nuestra forma de vida: prolongar su humanidad, ser presencia viva de Jesús⁸ y esto «con el lenguaje elocuente de una existencia transfigurada capaz de sorprender al mundo»⁹. Es la fuerza expresiva de la vida lo específico de nuestra identidad.

Prestando atención a los términos más usados en la exhortación para expresar este sentido profético, encontramos dos palabras preferentes: *signo* (al que se aplican los adjetivos de vivo, verdadero, escatológico) y *testimonio* (luminoso, cualificado). Y si nos fijamos en los verbos que se utilizan, vemos que la vida consagrada se considera como un lenguaje, una imagen y una presencia:

– La vida consagrada *expresa y recuerda*, acciones propias del **lenguaje** y como tal se le pide que sea expresiva, significativa, clara y sobre todo *elocuente* (5 veces), es decir, rica en contenido y persuasiva.

– Otras veces se dice que la vida consagrada *refleja, manifiesta, irradia, es huella* como una imagen y lo que se pide a **una imagen** es que sea visible (4 veces) y atractiva para hoy.

7 - VC 76

8 - VC 9

9 - VC 20

– Otro grupo de verbos (*presenta, prolonga, hace presente, re-produce*) hacen pensar en la vida religiosa como una **presencia** y lo que se pide a una presencia es que sea viva, actuante, que atraiga, y tenga fuerza persuasiva.

De todas estas expresiones deducimos que la vida religiosa es profecía cuando es signo y testimonio, es decir, cuando la vida misma de los consagrados y consagradas se torna lenguaje expresivo, imagen visible y presencia viviente de Jesús. La vida religiosa está llamada a ser un verdadero anuncio existencial.

Somos pues iguales a todos los cristianos/as –hechas del mismo barro y portadoras de la misma dignidad– y diferentes por la misión específica que se nos ha confiado. Misión que a su vez es complementaria y necesita ser complementada por los otros carismas en el pueblo de Dios.

**NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA**

2

LOS VOTOS,
UNA ALTERNATIVA

II. LOS VOTOS, UNA ALTERNATIVA

La consagración religiosa es un rasgo fundamental de nuestra identidad y sin embargo hasta hace poco apenas ha entrado a formar parte de nuestra comprensión de la vida religiosa.

El término consagración se utilizaba en un sentido jurídico, como la dedicación exclusiva de lugares o cosas al servicio de Dios. Y tratándose de personas, *consagrarse* tenía el mismo significado que *entregarse* a Dios.

La teología postconciliar ha ido ahondando en este tema y en *Vita Consecrata* se presenta ya la consagración de forma nueva.

Pero voy a iniciar esta profundización en la identidad de la VR por los tres votos, por los que tradicionalmente se nos caracteriza a los religiosos/as. Lo hago por una razón pedagógica; creo que así podré luego expresar mejor en qué consiste la consagración.

En un principio los consagrados hacían un solo voto que implicaba celibato y formas varias de pobreza y obediencia. A partir del siglo XII se formularon ya los tres votos que hoy conocemos.

1. CASTIDAD POR EL REINO DE LOS CIELOS

1. 1. Una forma alternativa de vivir el amor

La castidad por el Reino de los cielos es una forma alternativa de vivir el amor, que algunos cristianos/as hemos elegido porque «el Padre así nos lo ha dejado entender»¹⁰.

¹⁰ - Mt 19, 12

En el origen de esta opción hubo una fuerte experiencia de fe en la que la persona de Jesús y su Reino se nos hizo tan fascinante que llegamos a relativizar el gran valor de la familia que teníamos y de la familia que podíamos formar. Toda nuestra energía afectivo-sexual quedó polarizada en Él y su Causa, ese plan salvador del Padre para una nueva humanidad.

Como consecuencia de esta seducción, decidimos entrar a formar parte de esta familia religiosa Vedruna, para vivir el seguimiento de Jesús en una fraternidad abierta a la universalidad. En ella consolidamos nuestra capacidad de amar y nos vamos haciendo hermanas. La comunidad se nos hace necesaria para vivir el celibato por el Reino «pues no se puede amar al Dios invisible si no se aprende y experimenta el amor en la comunidad visible»¹¹.

Nuestro grupo religioso tiene su origen en aquella mujer «deseosa de trabajar por la gloria de Dios y el bien del prójimo». Su amor esponsal, apasionado y creciente a Jesús utilizaba a menudo la imagen del fuego para poder expresar su intensidad y tenía como origen a Cristo Crucificado «en cuyas llagas, fuentes del puro amor...nos encenderemos cada vez más en el puro amor»¹².

Impulsadas por este mismo deseo, asumimos su proyecto apostólico, dentro del cual vamos entregándonos de una u otra forma a «los sin-amor» de este mundo (los eunucos que así nacieron y aquellos a quienes los hombres dejaron incapacitados para el amor humano). Este es nuestro modo de *dar-vida* que va haciendo fecunda nuestra vida, como la de María, en la historia de la salvación¹³.

Viviendo en comunidad y entregándonos a los hermanos, vamos centrando nuestro corazón en Jesús, como único Señor. Y a su vez es-

11 - C 19
12 - Ep 76
13 - C 17

te amor, en la medida que invade nuestra vida, nos hace «capaces de amar a los demás con el mismo amor del Señor»¹⁴.

1. 2. La silla vacía

La vivencia de la castidad en sus tres dimensiones —mística, comunitaria y apostólica— ofrece a la persona consagrada la posibilidad de un verdadero descanso afectivo en el Señor, de una relación interpersonal confiada en una comunidad de hermanas y de una entrega creativa y cordial a la familia de Dios. De este modo la persona no queda mutilada, aunque por tratarse de una opción la castidad conlleve sus renunciaciones y rupturas, sino plenificada en la medida en que el amor se constituye en motor su vida.

Un cuento puede ayudarnos a comprender mejor eso del descanso afectivo en el Señor y cómo se armonizan soledad y plenitud en la virginidad consagrada.

Un anciano había caído gravemente enfermo. Y enseguida fue a verlo su párroco: Apenas entró en la habitación del enfermo advirtió el señor cura una silla vacía. Estaba al lado de la cama como algo misterioso, como si estuviera ocupada por alguien invisible. El cura le preguntó si le hacía algún servicio.

El buen hombre le contestó con una débil sonrisa:

Pienso que en ella está sentado Jesús. Estaba hablando con él. Hace años me era difícilísimo pensar en la oración. Hasta que un amigo me descubrió que la oración consiste en hablar con Jesús. Así que ahora me imagino que es Jesús el que está sentado en la silla a mi lado. Le hablo, lo escucho y pienso en lo que me dice. Desde entonces jamás se me ha hecho difícil orar.

Unos días después, se presentó en el despacho parroquial la hija del anciano para comunicarle que su padre había muerto. Le dijo:

Lo dejé solo un par de horas. Al volver a su habitación, lo encontré muerto, con la cabeza apoyada en esa silla vacía que tenía siempre al lado de su cama.

La hija de aquel anciano no sabía el significado de la silla vacía, tal vez pensaba que era una manía. Tenía mucha pena, eso sí, de que su padre hubiera muerto solo. En cambio, los que conocemos el secreto de aquella silla vacía, nos enternecemos al saber que el anciano, en el momento final de su vida, descansó confiadamente en el Señor.

Esa silla vacía puede ser un símbolo bastante expresivo de la virginidad consagrada. Mucha gente cree que *nuestra silla* está vacía, cosa que les parece un absurdo o una desgracia. Nosotras sabemos que está destinada a que en ella se siente Jesús, como único Rey y Señor. La pregunta siempre oportuna es si realmente es el Señor quien la ocupa. Y sabemos bien que hasta llegar a esa entronización hay que recorrer un largo proceso.

1. 3. Evolución histórica del voto de castidad

Antes del Concilio, como consecuencia de una comprensión negativa y estrecha de la sexualidad humana, la orientación del voto de castidad era predominantemente ascética, un tanto represiva y envuelta en un lenguaje puritano («virtud angélica», se la llamaba).

El Concilio quiso afirmar que la castidad «no es imposible ni nociva a la plenitud humana»¹⁵, incluso puede ser un bien para la integridad de la persona.

Para ello dio un enfoque positivo a la castidad consagrada, como un don que libera para el amor a Dios y al prójimo y un signo para

todos los cristianos, a los que recuerda que Cristo es el esposo único de la Iglesia.

Nos dijo también que los candidatos a la vida religiosa han de tener una suficiente madurez psicológica y afectiva y señaló la vida fraterna en comunidad como un medio que favorece grandemente la vivencia positiva de la castidad.

Treinta años después, la exhortación *Vita Consecrata* desarrolla este enfoque positivo y aporta una gran novedad al presentar la castidad consagrada en medio de una cultura hedonista que separa el sexo de la moral, haciéndolo objeto de consumo. Esta situación se convierte en una provocación y un reto que estimula nuestra respuesta: «la práctica gozosa de la castidad».

En esta situación cultural la vida religiosa se siente urgida, hoy más que nunca, a dar testimonio «de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana»¹⁶.

El que la teología haya ido evolucionando hasta presentarnos la castidad por el Reino como una opción en el amor, no quiere decir que su profesión tenga efectos automáticos. Es la *fidelidad en el amor*, la coherencia de nuestra vida, la que irá haciendo nuestra vida significativa y llena de sentido.

No podemos olvidar que la castidad es también un *riesgo*. Si la energía afectivo-sexual no se recibe y canaliza debidamente como fruto de una experiencia espiritual (vocación), la persona puede vivir el celibato como represión y volverse irascible, amargada, egoísta, acabando por no amar a nadie. O bien puede ir haciendo «recortes al holocausto», buscando sucedáneos, haciendo pequeñas concesiones, dejando que otros, o ella misma, se sienten en «su silla» (ego-latría). En ambos casos diríamos que una vida así es un gran fracaso.

1.4. Como responder a esta provocación

Se nos presenta pues la castidad consagrada como un desafío, con riesgos y posibilidades, y la cultura hedonista que nos rodea como una provocación.

Para vivir en plenitud la castidad y ser una real oferta de sentido para nuestro mundo como se nos propone, necesitamos encontrar formas proféticas y actuales de transparentar con nuestra vida la presencia del Resucitado. Vamos a sugerir algunas de estas formas que pueden ser expresivas aún para gente que no valora, o no cree, nuestro celibato.

- El primer signo es *nuestra propia persona* y el modo de presentarnos y relacionarnos. Es interesante ver la relación de Joaquina con toda clase de personas, varones o mujeres, hermanas o superiores. En ella percibimos siempre a una mujer madura y llena de cordialidad con todos.

A la gente le llama la atención ver personas célibes, armoniosas e integradas, cuya relación no está regulada por ningún miedo ni represión, sino por una polarización afectiva en Alguien que tal vez ellos desconocen. Mujeres abiertas, con un trato sencillo y sin prejuicios, cordial y sin apegos, respetuoso de la dignidad y libertad humana y a la vez cálido y cercano.

- *Nuestra vida en fraternidad* y la pertenencia a un grupo con una misión universal es otra pista que ofrece nuestra vida para entrar en contacto con nuestro «misterio». Comunidades abiertas en las que cada persona se siente acogida por ella misma y en las que el amor mutuo se recrea día a día en torno a un invisible centro. La alegría y el espíritu de familia que nuestra Fundadora quiso imprimir a las primeras comunidades es un fruto inequívoco de la castidad consagrada.

• El *trabajo en misión* que nos ven realizar es también una palabra significativa. Pueden ver que el no tener una familia propia es para poder mejor «abrazar necesidades» y crear la gran familia de Dios en la que los pequeños, por ser débiles, reciben de nosotras un amor preferente. En el trabajo diario, tanto los destinatarios como los compañeros/as, podrán también percibir, junto a la responsabilidad en nuestra tarea, un trato cordial, gratuidad en la entrega, calidez y libertad en las relaciones.

• Y lo que realmente llegará a cuestionarles no es tanto nuestro «dominio del sexo» como la *alegría profunda* de las que así vivimos, ese anuncio elocuente de que sólo Dios basta.

Este testimonio puede inducir a algunos a pedirnos una explicación verbal acerca del «misterio» de nuestra vida. Mientras no surja el interrogante, tal vez sea mejor no dar explicaciones. Y cuando las demos, habrá que hablar con sinceridad y desde la experiencia, sin eludir dificultades y dejando claro que, detrás de esta forma alternativa de vida, hay una experiencia de encuentro y relación personal con Jesús, cuya Persona y cuya Causa han invadido nuestra existencia.

Si la persona que nos escucha no es creyente, es difícil que nos comprenda y tenemos que aceptar el precio de ser «diferentes», pero en todo caso siempre quedará flotando ese «testimonio de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad humana»¹⁷.

2. LA POBREZA EVANGÉLICA

2. 1. La necesidad y fascinación de los bienes

Para ahondar en el voto de pobreza hemos de ver cuál es la relación humana con los bienes materiales.

Por ser criaturas, para subsistir tenemos necesidad de bienes tanto materiales –alimento, vestido, casa, salud– como humanos –respeto, atención, aceptación, educación.

Para proveer a estas necesidades el Creador nos ha dado bienes abundantes para todos que solemos administrar como bienes propios. Esta propiedad privada, siempre que no anule el sentido universal de los bienes, es una forma correcta de utilizarlos y tranquiliza nuestra innata inseguridad.

Pero en el corazón humano, herido por el pecado, con frecuencia brota la ambición, el deseo de poseer, no ya lo necesario para la subsistencia, sino de acceder a la riqueza lujo, comodidades, exquisiteces y al poder, prestigio y fama, que esta riqueza produce.

Como son muchos los que se disputan esas riquezas, surge la competencia, la violencia y toda clase de injusticias con tal de conseguirlas. El sub-producto o resultado de este mecanismo social, sobre todo cuando se deja a sus propias leyes –como ocurre en el neoliberalismo actual– son las masas de empobrecidos que ni tienen, o tienen mucho menos, ni «pintan» nada en la sociedad (excluidos).

Ciertamente no podemos prescindir totalmente de los bienes, pero hemos de reconocer que los bienes, atraen, fascinan y pueden llegar a esclavizarnos. Cierran el corazón a Dios (idolatría) y a los hermanos (injusticia).

2. 2. Jesús ante los bienes

Jesús en su tiempo encontró esta misma situación, que anida en el corazón humano, y la denunció abiertamente: No podéis servir a

Dios y al dinero... No os obsesionéis por el futuro... No acumuléis tesoros... Qué difícil es a los ricos entrar en el Reino... ¡Dichosos los pobres!. Así mismo detectó ese deseo de poder, de prestigio y de placer que acompaña la ambición humana y dijo: El que quiera ser el primero que se haga servidor... Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón... Hacedos como niños... El que no toma su cruz y me sigue...

En su vida personal, Jesús fue pobre desde el pesebre a la cruz, pobre en su itinerancia por el Reino, sin tener donde reclinar la cabeza. Pero la pobreza de Jesús se nos hace admirable sobre todo en su abajamiento: Él es el maestro que lava los pies.

La pobreza evangélica, es decir, el deseo de los seguidores/as es vivir como Jesús, pobre y comprometido con los pobres y en una actitud de confianza y filial abandono en el Padre.

Si elegimos una vida pobre es porque hemos descubierto el tesoro del Reino¹⁸ y porque ese descubrimiento nos ha producido tal alegría que hemos decidido vender todo para adquirirlo. Este descubrir con alegría es una fascinación semejante a la que nos impulsaba a vivir en castidad. Sólo desde ella es posible «vender» todo, compartirlo con los pobres y seguir a Jesús. «Con Jesús y teniendo a Jesús todo sobra»¹⁹, decía convencida Sta. Joaquina. En ella su abandono confiado al Padre estaba muy unido a una gran responsabilidad en el trabajo. De aquí brotaba su iniciativa y fortaleza.

2. 3. El voto de pobreza

Vivir alerta ante la fascinación de los bienes, es llamada para todos los cristianos. Algunos, porque «el Padre así nos lo ha dejado entender», dejamos los bienes que teníamos o podríamos tener y entramos en una

¹⁸ - Mc 13, 44

¹⁹ - Ep 80

comunidad con «un estilo de vida inspirado en la sencillez evangélica compartiendo con todas lo que somos y tenemos, en una vida de trabajo responsable y una pronta disponibilidad para cualquier servicio»²⁰.

La comunión de bienes es el rasgo típico de la pobreza religiosa. Ponemos todo lo que recibimos en común porque «pertenece a la comunidad y ella nos proporciona lo que necesitamos»²¹. Esta comunidad de bienes trae consigo la dependencia en el uso, lo que resulta costoso a nuestro individualismo. En nuestra sociedad lo que se busca es, no sólo tener dinero, sino poder manejarlo libremente.

Estos bienes comunes, incrementados por el trabajo responsable y la austeridad de nuestra vida, han de estar abiertos a «un compromiso activo en la promoción de la solidaridad»²² que es el modo más seguro de evitar toda acumulación y de ir construyendo la familia de los hijos de Dios.

Pero el voto de pobreza va mucho más allá de estos compromisos concretos. Se trata de seguir a Jesús «que ofreció su vida gratuitamente en favor de todos» y de participar «de su anonadamiento y abandono en el Padre»; alegrarnos «como María en su Magníficat, porque Dios hace cosas grandes con los pobres y sencillos»²³. La pobreza que marca el estilo de vida brota de un corazón humilde y confiado.

El estilo de vida pobre en comunidad, la humildad de corazón y el compromiso con la justicia son tres dimensiones inseparables de nuestra opción evangélica.

2. 4. La pobreza como rasgo carismático

En nuestra carta fundacional impresiona la reiteración de las palabras *pobres* y *pobreza*. La situación que Joaquina describe es la de unas muchachas pobres que, precisamente por ser pobres, no

20 - C 7

21 - C 22

22 - VC 89

23 - C 20

tienen sitio en los llamados «conventos de pobreza» y como consecuencia se están «sin poder desahogar su amor al buen Jesús». La propuesta que hace al Obispo, ofrece ante todo una solución a esta carencia material: vivirán en su casa y se mantendrán con el trabajo y algunas limosnas. Pero llama la atención lo que sigue «de este modo podrán abrazar la pobreza, siguiendo a nuestro Maestro Jesucristo»²⁴.

Aquellas mujeres jóvenes iban a pasar de *ser* pobres a *abrazar* la pobreza, y en este proceso consiste para la Madre el seguimiento de Jesucristo como religiosas. La pobreza evangélica es una opción; la sociológica no.

Esta invitación a abrazar la pobreza sigue siendo para nosotras Vedrunas llamada desde el carisma e implica un largo proceso. «Aceptar con gratitud nuestros dones y limitaciones»²⁵, «aceptar con gozo y aun buscar aquellas ocasiones que mejor nos permitan compartir la pobreza de Jesús y de los pobres»²⁶, son pistas para ir la haciendo realidad.

El Capítulo XXIII se atrevió a decir que nosotras en la Iglesia tenemos que ser «memoria viva de Jesús anonadado y fiel al designio del Padre». Otros se sentirán llamados a reproducir otra imagen de Cristo, pero lo que a nosotras nos dará identidad y vigor apostólico será el llevar esta imagen en la entraña de nuestra vida²⁷.

Y es en este rostro de Jesús anonadado en el que se armonizan los distintos compromisos de la pobreza y donde encontramos la vivencia más plena de la pobreza evangélica que deseamos abrazar.

24 - Ep 81

25 - C 7

26 - C 23

27 - RV 15

2. 5. Evolución histórica del voto de pobreza

El Concilio nos dijo que la pobreza debía manifestarse en formas nuevas para llegar a ser pobres real y espiritualmente, como queriendo salir al paso de una pobreza legalista a base de permisos. Nos animó también a dar un testimonio colectivo de pobreza, evitando toda apariencia de lujo y acumulación y a compartir nuestros bienes²⁸.

En nuestra Congregación el Capítulo XIX (1969) había dejado la puerta abierta a una especial atención apostólica a grupos humanos desplazados, pero fue el Capítulo XX (1975) el que formuló de manera explícita la preferencia por los pobres, dentro del compromiso con la justicia y esta formulación atravesó todos los demás documentos, desde el de *Identidad* hasta el de *Administración*, pasando por el de *Vida Religiosa y Apostolado*.

Los capítulos siguientes han ido ratificando siempre esta opción y ahondando en ella hasta superar los conflictos y tensiones que entre nosotras, como en la misma Iglesia, se habían suscitado.

La preferencia por los pobres ha sido para nosotras fuerza impulsora de renovación y ha influido grandemente en nuestra comprensión y vivencia de la pobreza. El sentido de justicia ha dado una nueva orientación a la misión —fe y justicia inseparablemente unidas— y la cercanía a los pobres de muchas comunidades, un estilo nuevo de vida.

Treinta años después del Concilio, *Vita Consecrata* nos presenta este voto como una respuesta muy necesaria a otra provocación de la sociedad actual, ávida de poseer y desinteresada por el sufrimiento de los débiles. Plantea la pobreza como un valor que testimonia que Dios es la verdadera riqueza. El amor preferencial

a los pobres, compartiendo sus condiciones de vida, y la defensa de la justicia son parte integrante de esta vivencia testimonial y profética que se nos pide²⁹.

2. 6. ¿Podemos ser hoy testimonio?

Dada la creciente masa de empobrecidos en nuestro mundo, nos preguntamos a veces si nuestra pobreza evangélica puede ser hoy vida de modo significativo, tal como la Iglesia nos pide. Realmente nuestra pobreza como tal no será llamativa como pobreza, sobre todo cuando nos rodean gentes mucho más pobres que nosotras, pero creo que tiene siempre un mensaje importante para el mundo de hoy si la vivimos con coherencia.

- Será ante todo la sencillez y humildad de nuestra propia persona la que puede sorprender en esta sociedad de tanta mentira y apariencia. Este talante se revela sobre todo en un trato de igualdad, de escucha, de respeto a todos. A Joaquina la sencillez de sus relaciones le nacía de su viva conciencia de pecadora que le llevaba a considerarse espontáneamente pobre, servidora, miserable.

- También es elocuente la presencia comunitaria en lugares de los que otros escapan –las casas de caridad de antes y la marginación de hoy–, con un nivel de vida austero y con una forma alternativa de propiedad en común que, cuando se les explica, no la imitan, pero la admiran profundamente.

- Tal vez lo más significativo sea ver por qué y para quién trabajamos. No por el sueldo o el prestigio, sino por la persona y en especial por aquellas cuya dignidad está más aplastada. Pueden per-

cibir también que nuestra presencia evangelizadora en otras plataformas está orientada hacia la construcción de un mundo más justo y más humano.

Nuestra pobreza más que llamativa se hace misteriosa para los que nos ven vivir de cerca. Tal vez lleguen a preguntarnos por la clave de nuestra opción y podremos hablarles de Jesús, que ofreció su vida gratuitamente en favor de todos. Sentido trascendente de la vida y fraterna solidaridad es el mensaje de la pobreza evangélica, cuando la vivimos con coherencia. Anuncio y denuncia. Austeridad y humildad. Simplicidad y alegría.

3. OBEDIENCIA AL PADRE

La obediencia, en cuanto expresión de fe y amor, es el corazón de la vida espiritual y sin embargo en este voto nos está costando trabajo encontrar «odres nuevos» en el proceso de renovación. Creo que sigue habiendo ideas confusas y fijaciones que nos impiden avanzar. Tal vez en épocas pasadas la comprensión errónea de este voto pudo ocasionar algunas heridas e impedir el pleno desarrollo de algunas personas y ahora sufrimos las consecuencias.

3. 1. El proceso de hacernos libres

Para ahondar en la obediencia conviene partir también de su base antropológica ya que la obediencia es un modo de vivir la libertad. Pero no nacemos libres, sino que nos vamos haciendo libres.

- El niño vive en *sumisión* a sus mayores, por incapacidad de decidir y por falta de energía para oponerse. Es una etapa importante en la que se va internalizando el respeto al otro y la ley que regula las relaciones sociales.

- El adolescente ya tiene capacidad de opinar diferente y de oponerse a los mayores. Es la etapa de la *rebelión*, necesaria como la anterior para el crecimiento. Pero no podemos aún hablar de libertad madura, porque la rebelión consiste en la oposición y el rechazo a la autoridad y no tanto la capacidad de pensar u obrar diferente. Diríamos que la rebelión es una re-acción. El centro de decisión no está en la persona, sino fuera de ella. En el caso de la sumisión se acataba el poder externo; en el de la rebelión se rechaza.

- Podemos hablar de libertad madura cuando se llega a la *autonomía*, a la capacidad de actuar según la propia conciencia. El centro de decisión está ya dentro de la persona. Para esto ha tenido que liberarse tanto de coacciones externas como de sus propias pasiones. De aquí que nuestro proceso de liberación nunca esté totalmente acabado.

Pero la libertad no es sólo un proceso de liberación de ataduras, una *libertad-de* sino una cuestión de opciones, una *libertad-para*. La persona autónoma no se encierra en una independencia narcisista sino que libremente orienta su existencia hacia un ideal que le atrae. Cuando la persona se compromete en una alianza (sea por amor, en el caso del matrimonio, o por otras opciones) vive en *interdependencia*, al servicio de un ideal que plenifica y da sentido a su vida.

3. 2. La obediencia de la fe

La opción de fe requiere una libertad madura. Cuando la persona autónoma se hace las preguntas fundamentales –¿yo de dónde vengo y adónde voy?– puede tomar posturas diversas ante estos interrogantes.

Unos aparcan la cuestión, les resulta molesta. No la discuten pero prefieren vivir al margen de este planteamiento. Se llaman a sí mismos agnósticos.

Otros intuyen que, tras esos interrogantes, está la cuestión de la existencia de Dios y la niegan con fuerza, porque admitirla dicen supondría poner freno y límite a la libertad humana.

Los creyentes ven en el origen y sentido de la vida un Dios ante quien tratan de situarse con agradecimiento para vivir en plenitud su existencia.

Los cristianos hemos conocido a Jesús como revelador del Padre. Sabemos que este Padre tiene un proyecto salvador para la humanidad, el Reino que anunció Jesús, y optamos libremente por vivir dentro de ese marco, porque creemos que así viviremos en plenitud. Esa opción es un acto de obediencia, es un modo de vivir a la escucha (ob-audire)teniendo como horizonte el plan de Dios.

No siempre mantenemos esta opción, sino que nuestra autosuficiencia e individualismo innatos nos llevan de vez en cuando a escaparnos de ese plan y «andar por nuestros caminos». Es la experiencia de pecado.

3. 3. La obediencia de Jesús

En Jesús la obediencia es su modo de relacionarse con el Padre, el signo más fuerte de su identidad. Jesús es el Hijo-Enviado cuyo alimento y fuente de energía está en hacer la voluntad del Padre. El no obra por su cuenta, dice lo que ha escuchado al Padre y hace siempre lo que le agrada.

Jesús obedece sólo al Padre, pero acepta las mediaciones familiares, religiosas y sociales por las que se le va revelando el plan de Dios para él.

Al mismo tiempo se siente libre para desobedecer cuando algo contradice el plan de Dios porque «el Hijo del hombre es señor del sábado»³⁰.

No obstante Jesús sintió el rechazo instintivo de su carne ante el plan de Dios, pero aceptó libremente que se hiciera su voluntad.

Para todos los seguidores de Jesús la obediencia se ha convertido en camino espiritual y en el eje de la fe. «Andar por sus caminos» es expresión bíblica para definir la vida del creyente. También los cristianos tenemos mediaciones, especialmente la Palabra y la comunidad eclesial con sus pastores, además de los acontecimientos de la vida.

3. 4. La obediencia religiosa

Decíamos que la vida religiosa es un modo comunitario de vivir el seguimiento de Jesús. Las que hemos sentido esta llamada específica, hemos entrado a formar parte de un grupo apostólico, cuyo proyecto entra dentro del plan salvífico de Dios, y nos hemos comprometido en dicho grupo a buscar juntas la voluntad de Dios en cada circunstancia concreta.

Al optar por el Carisma de un grupo, asumimos también sus estructuras, su estilo de gobierno y las personas que lo ejercen, su forma de vivir los votos y de realizar la misión... todo cuanto está contenido en las Constituciones.

Nuestra pertenencia a la Congregación no implica sin embargo renunciar a nuestra propia conciencia, por la que han de pasar siempre todas nuestras decisiones. Tampoco nos exime de responsabilidad ni nos hace pasivas, sino que nos lleva a poner en juego todas nuestras capacidades. La Constitución 25 nos presenta a María como estímulo para cooperar activamente con nuestra obediencia en la construcción del Reino: «Hágase en mí según tu palabra».

Las Constituciones y la comunidad, con las personas que ejercen la autoridad en ella se constituyen para nosotras en nuevas media-

ciones para la búsqueda de la voluntad de Dios. Y nos mantenemos atentas a ellas porque creemos que «a través de ellas se manifiesta para nosotras el querer divino»³¹.

3. 5. Comunidades de discernimiento

Han tenido que pasar treinta años después del Concilio, para que la exhortación *Vita Consecrata* nos dijera que» la vida fraterna es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón»³². Y es que en épocas pasadas, la obediencia se entendía de forma personalista (sólo la superiora era considerada mediación) y sacral (lo que ella decía «era» voluntad de Dios).

Para nosotras la dimensión comunitaria estaba ya presente de modo incipiente en las Adiciones de Joaquina: «Ya tengo dicho que la superiora general tampoco puede obrar por sí sola, que siempre ha de tener dos o tres hermanas para resolver las cosas y después el beneplácito del superior»³³. Y está claramente expresada en las Constituciones renovadas: «Por tener una vocación común, buscaremos juntas la voluntad de Dios mediante el diálogo y el discernimiento personal y comunitario»³⁴. Una vez concluido el diálogo de la búsqueda y emplearnos críticamente en ella, nos comprometemos a aceptar en fe la decisión final que ratifica o decide la superiora, sabiendo que con ello no nos sometemos a una persona sino que obedecemos a Dios. La fe es la clave de la obediencia. Sin ella se convierte en sumisión.

La comunidad, como todo grupo humano necesita líderes para llevar a cabo sus objetivos, pero este liderazgo, a diferencia de otros, queda muy matizado por esta dimensión comunitaria. Su primera fun-

31 - C 26

32 - VC 92

33 - Ad. 11

34 - C 28

ción será precisamente promover la corresponsabilidad de todos los miembros en la vida y misión de la comunidad y en promover la búsqueda de la voluntad de Dios al servicio de la misión en la Iglesia.

Esta búsqueda tiene siempre un matiz apostólico, colaborar más decididamente en su plan de salvación³⁵. «Además quien obedece tiene la garantía de estar en misión»³⁶.

3. 6. El apasionamiento por la voluntad del Padre

Como los demás votos, el de obediencia tiene un fundamento místico. Ni las ventajas apostólica de la obediencia –«potencian la disponibilidad para nuestra misión en la Iglesia»–, ni las ascéticas –«nos liberan del individualismo y la tendencia a imponernos a los demás»³⁷–, son motivaciones suficientes para caminar en obediencia.

Para Joaquina la obediencia a la voluntad de Dios fue el eje que dio unidad y consistencia a su vida tan diversificada por las circunstancias. «Yo quiero lo que Dios quiera; que en todo, del todo y por todo, se haga la voluntad de nuestro amado Dios»³⁸.

Sólo contemplando a Jesús «que por amor a la voluntad del Padre se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz»³⁹, llegaremos a entregar a Dios la propia voluntad como ofrenda de nosotras mismas.

Para Jesús, hacer la voluntad del Padre era su alimento, lo que le daba energía, su único deseo. Es este apasionamiento por el querer divino lo que nos hará obedientes. Pero esto no es fruto de un propósito sino de un proceso.

35 - C 25

36 - VC 92

37 - C 29

38 - Ep 113

39 - C 25

En un primer momento la voluntad de Dios es para nosotras sin duda muy importante, pero al haber otras cosas importantes en nuestra vida, se nos plantean conflictos.

A medida que el Espíritu nos va trabajando, llegamos a una actitud en la que el querer de Dios es *lo más importante* y se convierte en criterio de nuestras decisiones. Todo lo demás queda en segundo plano. «Recibe estos consejos de una madre que, deseando hacer la voluntad de Dios, no se rige por su propio criterio»⁴⁰, decía Joaquina a su hijo.

Cuando la configuración con Jesús llega a ser más profunda, la voluntad de Dios se convierte en *lo único importante*. Todo lo demás, aunque nos afecte, se sitúa para nosotras a tal distancia de esta pasión, que podemos decir que nos es «indiferente». «Se lo confío con toda claridad para que comprenda como deseo hacer *únicamente* lo que Dios quiere que haga y sólo haciendo la voluntad de mi superior (el obispo de Solsona) estoy segura de hacer lo que Dios quiere que haga»⁴¹.

Este apasionamiento no suprime la dimensión de cruz de la vida en obediencia, sino que nos lleva a «participar en la misma oblación de Cristo»⁴². Es que la consagración nos une estrechamente al misterio de la muerte y resurrección de Jesús⁴³.

3. La obediencia como «signo»

Cuando el uso deformado de la libertad se traduce en nuestro mundo en violencia e injusticia, la Iglesia nos dice que vivir en obediencia es un signo que debemos dar los consagrados. ¿Qué aspectos de este voto pueden impactar a la gente de hoy para la que el individualismo es innegociable? Veamos algunos aspectos:

40 - Ep 20

41 - Ep 88

42 - C 29

43 - C 11

- Si ven que, a pesar de ser mujeres con suficiente autonomía como para tomar decisiones independientemente, sin embargo reflexionamos y actuamos de acuerdo con nuestra comunidad, creerán que estamos realmente comprometidas con un grupo apostólico en la Iglesia.

En la obediencia de Joaquina no se percibe rastro de sumisión infantil ni búsqueda de seguridades, sino que, siendo ella de carácter fuerte y decidido, dejaba pasar las órdenes por su conciencia y, aceptando en fe la voluntad de Dios, rendía libremente su propia voluntad.

- Si nuestro estilo de trabajar no es en nombre propio, ni con protagonismo, y nos ven disponibles para ir a lugares de frontera cuando nos lo pida la Congregación que trabaja por el bien de la humanidad, descubrirán que estamos donde estamos como enviadas, que nuestra presencia va más allá de nuestra persona y está cargada de sentido y significado. «Que todas estén prontas para hacer lo que manda el Señor con espíritu fuerte y resuelto, como Dios quiere»⁴⁴.

- Si nuestra relación con las personas que tienen autoridad en nuestra Congregación ven que es fraterna y no de sumisión y que quienes mandan, ni ganan más ni viven mejor, sino que asumen un servicio más comprometido, se preguntarán qué clase de grupo es el nuestro.

- Verán también que nuestros proyectos están al servicio de los excluidos, de los últimos de la sociedad y que nuestra renuncia a la independencia está al servicio de su liberación. Se sorprenderán sobre todo si ven que somos personas sencillas, a pesar de nuestros valores, y respetuosas de la dignidad de cada persona.

Todo esto les hará preguntarse el por qué de nuestra opción. Desde la interdependencia matrimonial, se puede llegar a explicar esta nuestra alianza con un Señor Siervo que lava los pies y cuyo proyecto salvador está en la cumbre de nuestros intereses. Con sencillez podremos explicar cómo este estilo de vida, que conlleva sus costos, nos va liberando de nuestra tendencia a imponernos, del afán de poder y del individualismo que tiende a esclavizarnos y esta «libertad liberada» la vivimos al servicio del amor.

**NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA**

3

UNGIDAS
Y ENVIADAS

III. UNGIDAS Y ENVIADAS

Hemos visto los votos como formas alternativas de vivir el amor, la seguridad y la libertad, que algunos/as hemos asumido libremente porque «el Padre así nos lo ha dejado entender». Estas tres dimensiones de la persona son tan radicales que en definitiva es la persona toda la que se entrega por entero y para siempre al Señor.

Ahora podemos preguntarnos ya por el sentido de la consagración. ¿Se trata de la suma de los tres votos? ¿O más bien es su carácter de perpetuidad lo que la constituye en un elemento central de nuestra identidad?

1. Somos consagradas

Lo esencial de la consagración no es que nosotras nos entreguemos a Dios del todo y para siempre, sino que Él nos consagra. «Por la profesión religiosa nos consagramos y *somos consagradas* por aquel que nos envía a ser signo e instrumento de su amor»⁴⁵.

Diríamos que los votos expresan nuestro compromiso de entrega, pero el sello que marca nuestra identidad es la unción de Dios que nos capacita para aquello a lo que nos envía. El «contenido» de esa consagración es la configuración con Cristo el consagrado que, como expresión de su donación al Padre y a los hermanos, vivió en actitud de pobreza, virginidad y obediencia.

Según esto los votos no son valores que se eligen, sino una nueva dimensión de la persona toda que queda consagrada, es decir, destinada a ser memoria viva de Jesús por su estilo de vida.

La consagración es pues un *acto divino* que afecta profundamente la identidad de la persona, la cual ya no puede definirse a sí misma de otra manera, si no es a partir de esa consagración.

2. Cristo el consagrado y enviado

En su presentación en la sinagoga de Nazaret, Jesús se aplicó a sí mismo el texto de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha *ungido* para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha *enviado* para anunciar la libertad a los cautivos...» Hoy en vuestra presencia se ha cumplido este pasaje ⁴⁶. Y cuando le preguntaban por su identidad, se definía a sí mismo como «el enviado del Padre».

Jesús es aquel a quien Dios «ungió con el Espíritu Santo y con poder»⁴⁷, aquel a quien el Padre consagró y envió al mundo ⁴⁸. Jesús es el Cristo, es decir, el unguido (*christós*), el consagrado por antonomasia.

Acogiendo esta iniciativa del Padre, Jesús a su vez se consagra por la humanidad en una vida de virginidad, pobreza y obediencia para expresar su plena adhesión al plan salvador del Padre. Todos los acontecimientos de su existencia terrena quedan marcados por esta su consagración.

En la encarnación Jesús inicia un proceso de consagración que tuvo su culminación en la muerte y resurrección. Su vida fue un continuo vaciamiento y desposesión –se anonadó, fue pobre, virgen, obediente... desandó el camino de Adán– y, sin dejar de ser humano, fue invadido por la transparencia divina.

46 - Lc 4, 21

47 - Hech 10, 38

48- Jn 10, 36

En la consagración-ofrenda de Jesús al Padre se suprime la distinción entre sacerdote y víctima, porque se ofrece a sí mismo por amor, inaugurando así un culto verdadero, el de la ofrenda de la vida.

La vida consagrada hace presente en la Iglesia la forma de vida que Jesús, supremo consagrado y misionero del Padre para su Reino, abrazó y propuso a los discípulos que lo seguían. A la luz de la consagración de Jesús es posible descubrir el principio originario de la vida consagrada.

3. La nueva y especial consagración

Aunque tradicionalmente la profesión religiosa se ha considerado como una profundización o un desarrollo más pleno de la consagración bautismal, sin embargo tiene una peculiaridad propia respecto a la primera, de la que no es una consecuencia necesaria, ya que el Bautismo no implica por sí mismo la llamada a la virginidad, a la pobreza o a la obediencia ⁴⁹.

La VC supone una misión particular no confiada a todos, como el mismo Jesús dice con respecto al celibato ⁵⁰. Al cumplimiento de esta misión corresponde un don específico, de modo que la persona consagrada pueda responder a su vocación. Es lo que llamamos unción del Espíritu. Por eso en la liturgia de profesión, la Iglesia invoca sobre la persona ese don y asocia su oblación al sacrificio de Cristo.

Diríamos que el Bautismo es la base de todo pero no lo es todo. Quedan otros sacramentos y acciones transformadoras de Dios sobre la persona. El Bautismo nos configura con Cristo Hijo y Hermano. El rito de la profesión religiosa nos configura con la forma existencial de Jesús pobre, virgen y obediente para el Reino.

49 - VC 30

50 - cf Mt 19, 12

La consagración es un acto que origina una nueva relación con Dios. Podemos decir que es una alianza en la que Dios tiene la iniciativa y a la que la persona accede libremente. Por parte de Dios, consagrar es tomar posesión, invadir con su santidad. A la persona corresponde dejarse poseer, acoger su acción, entregarse. La persona es sujeto paciente y libre de esa acción de Dios. Él es el que consagra, es decir unge –capacita– y envía para una misión.

4. El envío

La consagración no es un privilegio de intimidad, sino un ministerio que nos vincula a Dios y al prójimo. La unción propia de la consagración es inseparable del envío. En Cristo consagración y misión van estrechamente unidas como ya hemos dicho.

El envío define la identidad de Jesús que a sí mismo se llama «el enviado del Padre». Es decir Jesús tiene el centro de su vida fuera de sí, es un mandato: «Yo os aseguro que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta; él hace únicamente lo que ve hacer al Padre: lo que hace el Padre, eso hace también el Hijo... Yo no puedo hacer nada por mi cuenta... no pretendo actuar según mi voluntad, sino que cumplo la voluntad del que me ha enviado»⁵¹.

Todas las apariciones de Jesús Resucitado están marcadas por el envío. A Magdalena le dice: «no me retengas más... anda, vete y díles a mis hermanos... María fue corriendo adonde estaban los discípulos y les anunció: He visto al Señor»⁵². Jesús da a este envío toda la fuerza de su propia experiencia: «Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros»⁵³.

51 - Jn 5, 19, 30

52 - Jn 20, 17

53 - Jn 20, 21

La exhortación *Vita Consecrata* presenta esta dimensión del envío como constitutiva de la VC: Se puede decir que la misión está inscrita en el corazón mismo de cada forma de vida consagrada⁵⁴ y más adelante da la razón: «La experiencia de la gloria de Cristo, aunque extasía la mente y el corazón, no lo aísla, sino que, por el contrario, lo une más profundamente al *nosotros* de los discípulos⁵⁵.

En nuestra vida este envío recibido del Padre en la consagración, se concretiza a través de la Iglesia en la misión que la Congregación nos confía. No la elegimos nosotras sino que el seguimiento de Jesús nos lleva a asumir esa pequeña parte del plan salvador del Padre que es nuestra misión dentro del proyecto apostólico congregacional.

Por eso en la profesión, según nuestra fórmula, después de consagrarnos a Dios a través de los tres votos decimos: «y me uno a esta familia religiosa para entregarme en ella a la educación cristiana, al servicio de los enfermos y demás necesitados *que me fueren confiados*, para gloria de Dios y edificación de su Reino»⁵⁶.

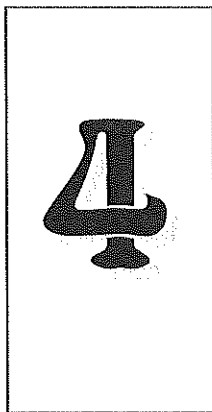
En realidad toda la fórmula es una explicitación de lo que, de un modo incisivo, decimos en la primera frase: «En el nombre de la Santísima Trinidad, Amén», cuyo sentido es: «A la Santísima Trinidad, amén». La palabra *amén* tiene toda la fuerza original de la afirmación sólida e incuestionable y, al inicio de la profesión –o renovación– es la palabra clave y resumen: ¡Sí!

54 - VC 25

55 - VC 29

56 - C 15

**NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA**



**LUGARES
DE IDENTIFICACION
VEDRUNA**

IV. LUGARES DE IDENTIFICACIÓN VEDRUNA

El seguimiento de Jesús es itinerancia, camino, tarea permanente. Seguir a Jesús es lo contrario de estar satisfechas, de instalarnos, de sentarnos al borde del camino. Es un vivir en conversión continua, descen-trándonos de nosotras y centrándonos en el Señor. Es un intento jamás concluido. «Todo discípulo es un convertido y ningún discípulo está to-talmente convertido»⁵⁷.

Nuestro texto dice así: «Esta consagración... nos urge a una conver-sión incesante a un amor cada vez más auténtico a Dios y al prójimo»⁵⁸.

La consagración es una alianza que se renueva sin cesar, es un acto que origina un proceso y tanta importancia tiene en él la fuerza del arran-que como la fidelidad histórica en el acontecer de cada día⁵⁹.

Dada la situación social en la que estamos inmersas, nuestro pro-yecto de vida es una alternativa que va «contra corriente». Tenemos pues que contar con «los desgastes que conlleva el vivir cotidiano»⁶⁰ y prever una realimentación de nuestra utopía. Hemos también de mantenernos atentas a las provocaciones históricas para poder dar nuevas respuestas que surgirán del núcleo originario de nuestra vocación pero renovando el lenguaje en diálogo con nuestra cultura.

Por todo ello diríamos que la identidad no se logra y se posee de una manera definitiva, sino que nos vamos identificando en medio de las cir-cunstancias cambiantes que nos rodean. Llamamos identificación a ese

57 - *Segundo Galilea*

58 - *C 11*

59 - *cf C 12*

60 - *RV 21*

proceso por el cual vamos ahondando y fortaleciendo nuestra «mismidad» más profunda.

Cada carisma tiene sus lugares propios de identificación; son como el manantial junto al que se extienden sus raíces. Vamos pues a señalar, con la mirada puesta en nuestros orígenes, tres lugares que consideramos privilegiados para esta progresiva identificación Vedruna: el Manso, los pobres y el desván.

1. EL MANSO, LUGAR DE COMUNIÓN

No basta con sentirnos identificadas interiormente. Tenemos que posicionarnos abiertamente en la sociedad, *ser* aquello para lo que hemos sido llamadas y que da sentido a nuestra vida. Pero tanto para percibir la llamada como para vivirla y recrearla en el día a día, se necesita un contexto. Ese contexto es para nosotras la comunidad, el grupo congregacional.

En la carta fundacional⁶¹ se nos describen aquellas muchachas pobres que estaban «sin poder desahogar su amor al Buen Jesús». Podría parecernos que el amor al buen Jesús se puede desahogar en todo estado de vida, pero se nos deja entender que aquellas jóvenes buscaban un cauce, una compañía, una guía, una estructura de apoyo, diríamos hoy, para poder desahogar ese amor en la forma radical y definitiva que ellas intuían. Y la propuesta de Joaquina al Obispo Corcuera es precisamente «abrazarlas en mi casa», es decir, crear una comunidad de mujeres *desseosas* como la misma Fundadora, siguiendo al Maestro Jesucristo.

Aquel *vino nuevo* de la intuición carismática a la que Joaquina llegó a través del discernimiento con el Padre Esteban, reclamaba *odres nuevos*. Esta novedad la ofrece el Manso, una casa de familia. No un gran monasterio como los que se imaginaba al hablar de vida religiosa en aquella época, sino una casa de familia que poco más tarde, por al-

gunos inconvenientes surgidos, se trasladó fácilmente a unos pisos de la calle Riera en el centro de la ciudad de Vic.

Al hablar de casa de familia se puede pensar en lugar seguro, que protege del exterior. O bien imaginar la comunidad como el lugar de la unidad ya dada. No se trata de eso.

La vida consagrada, como la misma Iglesia, es un misterio de comunión, un movimiento hacia la Trinidad. La comunidad en ella no es estática sino dinámica, siempre en proceso. Cuando decimos que estamos igual, que no avanzamos es que hemos perdido el impulso y... retrocedemos.

Es en comunidad donde se vive el mandato nuevo del amor con ese matiz del «como yo os he amado, así también vosotros...»⁶² que nos lleva a salir de nuestros reductos y pasarnos más allá de lo razonable, a la desmesura en el amor. No es la comunidad en sí, sino la comunión que en ella se da, la que hará que el mundo crea.

Cuando se da este «movimiento amoroso», la comunidad se convierte en un espacio humano habitado por la Trinidad. El mismo Jesús ha prometido estar en el medio de las comunidades reunidas en su nombre⁶³. Que Jesús sea el centro quiere decir que no hay otros centros, que Él es el único Absoluto.

En ese movimiento de comunión es donde acogemos la venida del Espíritu con todos sus carismas. La gracia carismática que nos identifica y que todas hemos recibido es un don vivo que nos exige vivir abiertas y «atentas a profundizarlo, desarrollarlo y encarnarlo en cada pueblo y en cada situación»⁶⁴. Es un don y una tarea comunitaria.

1. 1. Cómo hacer de la comunidad lugar de identificación

La comunidad está ahí como posibilidad ofrecida. Veamos ahora cómo hacer de ella ese lugar de comunión identificadora Vedruna.

62 - Jn 15, 12

63 - Mt 18, 20

64 - C 10

- El primer paso es asumir la propia responsabilidad en la *continua recreación* de la propia comunidad. Se nos olvida aquello de que «la comunidad ideal, más que una meta a disfrutar, es un compromiso a realizar durante toda la vida»⁶⁵. Y es que somos más dadas a exigir que a construir. «¡En esta comunidad no se puede hacer nada!» —decimos descorazonadas—, y nos autodisculpamos de comprometernos en nuestra «primera» misión.

Los medios los sabemos y están bien descritos en las Constituciones: aceptación en las diferencias, comprensión en las tensiones, la contribución del don gozoso ⁶⁶. Nuestra llamada es a no dejar de dar el paso de cada día. Sólo una comunidad en cuya vitalidad nos comprometemos a fondo puede ofrecernos esa pertenencia tan necesaria para nuestra identidad personal y nuestra misión apostólica.

- *Reflexionar juntas*. Cuando la tensión hacia la unidad se da, es posible esa actividad conjunta que llamamos reflexión. Compartir y reflexionar en comunidad la vida del día a día, los eventos que la sorprenden, los nuevos desafíos que llaman a la puerta, la marcha de la misión recibida, etc, es la gran oportunidad que nos ofrece la comunidad para fortalecer la identidad.

Se trata de una reflexión ponderada, creativa, que va avanzando con la aportación de todas e iluminada con la luz del Evangelio, la realidad y el carisma ⁶⁷. Más que un ejercicio a realizar es un talante, un estilo de convivencia hecho de diálogo, de honda escucha, de dejar la propia perspectiva para ponerse en otras... «En la vida comunitaria, la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos» ⁶⁸.

- *Orar juntas*. Es la expresión visible de ser con-vocadas. El que nos llamó y nos sigue llamando a su seguimiento se constituye en centro en torno al cual nos re-unimos. Su atracción radial nos va acercando entre

65 - Capítulo XXII 14

66 - cf C 33

67 - cf C 28

68 - VC 42

nosotras y a su vez esta unión de caridad es la que verifica nuestra unión con Él. «La castidad nos une en un mismo amor a Cristo»⁶⁹.

«La Palabra de Dios, compartida en comunidad, hará crecer nuestra fe, nuestra caridad fraterna y nuestro compromiso apostólico»⁷⁰. De este modo en comunidad se va afianzando la fe, esa roca que nos sostiene e ilumina.

• *Celebrar juntas*. Comunidades ricas de gozo y de Espíritu Santo⁷¹, dispuestas a celebrar el paso del Señor por nuestra historia. Sobran entre nosotras lo que Juan XXIII llamaba «profetas de malos augurios». Los informativos sensacionalistas, ávidos de tragedia y malas noticias, pueden impedirnos descubrir los pequeños brotes de vida, de ilusión, de solidaridad, que emergen por doquier. Las que creemos que nuestro Dios es una presencia siempre actuante en bien de esta humanidad limitada, necesitamos detectar juntas su acción, agradecerla, apoyarla y... hacer fiesta. Joaquina quería alegría en las comunidades. Bien sabía que esta «principal virtud» lo es por ser compendio de otras muchas.

Estos pasos pueden convertir a las comunidades en lugares de comunión y esta comunión vivida es parte esencial de nuestra identidad consagrada. «En comunidades de este tipo la naturaleza del carisma encauza las energías, sostiene la fidelidad y orienta el trabajo apostólico de todos hacia la única misión»⁷².

2. LOS POBRES, CRITERIO DE MISIÓN

El deseo de trabajar por la gloria de Dios y el bien del prójimo actuó en la joven Joaquina como una llamada permanente o un «sexto sentido» que fue orientando su vida toda y permaneció vivo a través de las cambiantes situaciones de su vida.

69 - C 31

70 - C 45

71 - VC 45

72 - VC 45

Cuando, después de quedar viuda, comenzó a soñar en una forma definitiva de vivir esta su vocación, pensó en «entrar religiosa en un convento», pero el contacto directo con la marginación de su época fue para ella una sacudida que cambió el «*entrar*» en «*salir*». Salir de sí, descentrarse como Jesús, que conmovido por las multitudes recorría pueblos y aldeas y «no tenían tiempo ni para comer»⁷³.

Las entrañas maternas de Joaquina, estremecidas ante tanta vida amenazada, junto a su creatividad de mujer madura, la dispusieron a través del discernimiento de la voluntad de Dios a acoger una nueva misión: «parece que el Señor quiere otra cosa, y es formar hermanas que abracen todas las necesidades de los pueblos, ya para ayuda de los enfermos, ya para la enseñanza de las niñas»⁷⁴.

Desde entonces los pobres son para nosotras criterio para discernir la misión.

Los pobres son el lugar donde se descubre el rostro de Cristo del que hemos de ser memoria: Jesús des-figurado, que ha querido precisamente identificarse con ellos: «cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos, a mí me lo hicisteis»⁷⁵.

Los pobres, de cerca y de lejos, son el lugar donde se puede desahogar sin peligro de engañarnos, el amor al buen Jesús. Es al oír sus gritos cuando percibimos la llamada y nos disponemos a secundar el plan salvador de Dios diciéndole: «Heme aquí».

2.1. Los pobres «marca» evangélica

Veamos ahora cómo la opción por los pobres, los últimos y los excluidos marca nuestra identidad con el sello evangélico:

- La opción por los pobres ante todo da sentido evangélico a nuestra consagración a través de los tres votos:

73 - Mc 6, 31

74 - F.I. 29

75 - Mt 25

La fascinación por Jesús, de donde nace la castidad consagrada, nos lleva a compartir ese amor en un grupo en el que nos vamos haciendo hermanas y a derramar nuestra capacidad de amor en *los sin-amor* de nuestra sociedad. «La opción por los pobres es inherente a la dinámica misma del amor vivido según Cristo»⁷⁶. Diríamos que hasta que nuestro amor no hace este recorrido «fuera de sí» no se verifica y consolida.

Descubrir a Jesús como único tesoro produce una gran alegría ⁷⁷ pero es también una llamada. «La sinceridad de nuestra respuesta al amor a Cristo nos conduce a vivir como pobres y a abrazar la causa de los pobres»⁷⁸.

Vivir en obediencia, a la vez que nos va liberando de nuestras ideologías, nos pone en una dinámica de búsqueda conjunta en la que nuestras decisiones, iluminadas por el plan salvador de Dios, tienden a favorecer a los excluidos del mundo.

- El contacto y la cercanía con los débiles y excluidos, nos aporta una luz diferente a la hora de tomar decisiones. Desde su óptica, se ven las cosas diferentes, se piensa distinto y el discernimiento se hace más fácil. Los pobres nos rompen esquemas y barreras defensivas y nos liberan de la racionalización de nuestros propios intereses.

- El compromiso con la justicia, el cambio de las estructuras y situaciones injustas que producen tantos empobrecidos, orienta evangélicamente nuestra misión, aunque no sea directamente dirigida a ellos. El objetivo de todas nuestras empresas no puede ser sino el Reino de Dios y los pobres son signo del Reino.

- Pero hay muchas formas de acercarse a los pobres y la nuestra ha de ser desde Jesús, el maestro que lava los pies; es decir, siendo cauce de su misericordia, con humildad, despojándonos del manto del prota-

76 - VC 82

77 - Mt 13, 44

78 - VC 82

gonismo, en un servicio desde abajo. De este modo se irá formando en la entraña de nuestra vida ese rostro de Jesús anonadado y fiel al designio del Padre que nosotras estamos llamadas a reflejar y así crecerá nuestra identidad y vigor apostólico⁷⁹.

3. EL «DESVAN», LUGAR DE INTEGRACIÓN

Cuando Joaquina, después de quedar viuda, se retiró al Manso, su vida se fue «complicando» cada vez más. A la atención de los hijos, aún necesitados de ella, se unía la angustiada batalla de los pleitos familiares y el consiguiente empobrecimiento. A su profunda piedad, orientada ya hacia una relación sponsal con el buen Jesús, se añadía ahora el contacto con la marginación por la que se dejaba afectar profundamente.

Su sicología buscaba momentos de soledad y sosiego y su amor, derramado aquí y allá necesitaba centrarse en una sola cosa. Joaquina, cuando le era posible o quitándose tiempo del descanso, se retiraba al desván de su casa, único lugar en el que podía orar en soledad.

El desván, al final de una jornada densa y desgarrada por tantos problemas insolubles, se convertía en «una soledad poblada de aullidos»⁸⁰. La cruz que casualmente formaban las vigas, se convertía en lugar de descanso afectivo, de aceptación, de abandono y de confianza. El dolor de los pobres y su propio dolor se abrazaban con la pasión de Cristo y el sufrimiento humano se hacía compasivo, solidario y redentor.

El desván es retiro, soledad, oración, es el «desierto en casa». Y para nosotras queda como lugar de integración Vedruna.

El desván es el lugar donde nos encontramos con nuestra más profunda verdad, ese nivel profundo en el que la multiplicidad de tareas y problemas encuentran unidad de sentido. «La oración hace de Dios el centro de nuestra existencia»⁸¹.

79 - cf RV 15

80 - Deut 32, 10

81 - C 40

El desván es el lugar donde el dolor reencuentra sentido en los brazos de la cruz del Señor. En el desván se alimenta la compasión y la mirada se nos vuelve contemplativa. En el desván dejamos que Cristo «continúe en nosotras su obra de salvación».

3.1. Cómo hacer del desván lugar de integración

- Ante todo el desván hay que descubrirlo o crearlo. Hemos de saber hacer desierto y no sólo cuando tenemos el lujo de poder disponer de unos días para un encuentro restaurador, sino en el diario vivir. Las múltiples actividades nos desintegran y necesitamos entrar en contacto frecuente con ese Dios a quien san Agustín decía: «Tú estabas dentro de mí y yo de mí mismo estaba fuera»⁸². Deseamos superar la dispersión y centrarnos en «lo único necesario». Sólo esto nos libraré de andar «inquietas y preocupadas por muchas cosas»⁸³.

El encuentro personal con Dios no tiene límites y por su propia dinámica tiende a abarcar la vida entera. Por eso, a los momentos intensos y prolongados de desván, podemos añadir otros viajando en el autobús, caminando hacia el trabajo o en los inevitables tiempos de espera. Cada uno de esos fugaces momentos pueden ser «momentos de desván», que nos ayudan a integrar la experiencia recién vivida o nos disponen para lo que vamos a afrontar después.

- Para que la mirada se nos vuelva contemplativa es preciso que la contemplación sea activa. Y no me refiero a muchas palabras, sino a entrar en la tienda del encuentro desde la verdad de nuestra situación, acogiendo la Palabra en silencio, permaneciendo en el amor. Que no vayamos buscando simplemente un descanso reparador, como si del sueño se tratara.

82 - *Confesiones XXVII*

83 - *Lc 10, 42*

Dejar que «Cristo continúe en nosotras la obra de salvación»⁸⁴ supone encontrarnos con Él en toda nuestra verdad y haciendo nuestras las inquietudes del mundo y de la Iglesia ⁸⁵ y escuchar en silencio la novedad de su palabra.

- Para que el desván sea lugar de integración hay que volcar en la cruz todas nuestras preocupaciones, tomando cierta distancia de nuestro *ego* centralizador. Sólo así podremos mantener «fijos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe, el cual, animado por el gozo que le esperaba, soportó sin acobardarse la cruz y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Pensad pues, en aquel que soportó en su persona tal contradicción de parte de los pecadores, a fin de que no os dejéis abatir por el desaliento»⁸⁶.

84 - C 40

85 - C 44

86 - Heb 12, 2-3

**NUESTRA
IDENTIDAD
CONSAGRADA**

5

CONCLUSION:
LA OFRENDA DE LA VIDA

CONCLUSIÓN

LA OFRENDA DE LA VIDA

He tratado de describir lo que entiendo por identidad consagrada según nuestro estilo Vedruna, pero soy bien consciente de que la identidad no es una idea clara en la cabeza, ni una etiqueta externa por la que otros nos distinguen, sino un modo de dar la vida y de darla libremente.

Todos viven, pero no todos ofrendan la vida. Algunos la retienen y se esfuerzan inútilmente por detener su curso; otros saborean el presente como el mejor modo de disfrutar la existencia. Pero ofrecer la vida supone dar un paso adelante, entregarla libremente sin aferrarse a ella, por algo que merece la pena.

La etimología de la palabra ofrenda (del latín *ob-fero*) da a su significado una doble perspectiva: la libertad de quien lleva, presenta y entrega algo y la persona ante quien se deja la ofrenda. No hay ofrenda sin *alguien* ante quien presentarla y es el significado de ese alguien el que da valor a la ofrenda. Y más cuando se trata de la propia vida.

Jesús nos salvó con su vida toda aunque es en el momento de su muerte cuando se desvela el sentido salvífico de su vida. Fue al romperse el frasco de su carne mortal cuando el aroma que contenía se esparció por el mundo entero, impregnando la historia de esperanza. En Él se da la libertad de la ofrenda —«nadie me la quita, soy yo quien la doy libremente»⁸⁷— y la clara conciencia del Padre

ante quien la entregaba –«no se haga mi voluntad sino la tuya»⁸⁸. Su muerte en cruz, su manera de morir en la cruz –¡«verdaderamente este hombre era hijo de Dios!»⁸⁹– nos deja entender el valor de ofrenda de toda su vida, incluidos los años escondidos en la remota Nazaret.

A nosotras nos atrae el hacer y tenemos un proyecto apostólico congregacional que lo justifica, pero a menudo olvidamos que la densidad de nuestro hacer viene precisamente de la ofrenda de nuestra vida, que es la que va dejando huella en la historia y hace fecunda nuestra existencia. La ofrenda de la vida, realizada a través de nuestra consagración vivida, es lo que nos hace fecundas, sea a los 30 ó a los 90 años, pero solemos olvidarnos de esta gran posibilidad que se nos ofrece.

María del Monte Carmelo, que es una referencia inequívoca para nuestra identidad, «nos enseña que el mejor culto a Dios es la ofrenda de la propia vida»⁹⁰. El mejor culto es esa gloria de Dios y bien del prójimo fe y justicia inseparablemente unidas y ese culto mejor no consiste en las grandes liturgias ni en los compromisos arriesgados, sino en el «Heme aquí» que es lo que da calidad a las liturgias y a los compromisos.

Esta ofrenda de la vida es la que balbuceamos el día de nuestra profesión, pero es en el diario vivir cuando la vamos pronunciando de un modo más o menos inteligible. Hay días en los que al anochecer nos desborda el cansancio sin saber muy bien dónde hemos ido derramando nuestra energía, sin que un resultado concreto y visible justifique nuestro desgaste. Son los días en los que se desvela con más claridad esa actitud gratuita de manos abiertas, de ofrenda de la vida.

88 - Lc 22, 42

89 - Mc 15, 39

90 - C 46

Pero la verdadera y original ofrenda en la historia es la de Cristo y sólo en ella puede adquirir la nuestra todo su valor salvífico. Nuestra consagración se renueva en la Eucaristía y es en ella donde se ofrece «su carne por la vida del mundo» y se derrama la sangre-vida de aquel que nos amó primero.

Por ello es la Eucaristía el momento de adherir nuestra ofrenda pequeña gota de agua a la gran ofrenda de Cristo, dando así a nuestra consagración un horizonte de esperanza y una fecundidad redentora. «Por Cristo, con Él y en Él...» Sí, ¡AMEN!